

# Una visión que valora a las otras

*Luigi Giussani, ¿Por qué la Iglesia?, Capítulo II - 4*

## Una visión que valora a las otras

Para concluir con esta primera premisa, quiero subrayar que las dos primeras actitudes estudiadas acentúan desde luego ciertos valores, pero que tales valores están reconocidos e integrados en la tercera actitud que hemos señalado.

a) Esta, en efecto, no sólo no elimina ni censura la investigación histórica, sino que dota a la persona de la posibilidad de utilizar esa investigación de una manera más adecuada.

Las fuentes históricas son palabras que expresan y documentan un tipo de experiencia del pasado. Es necesario poseer «hoy» el espíritu y la conciencia propios de la misma experiencia que hace dos mil años dictó los evangelios. Solo así se podrá captar el verdadero mensaje de estos textos.

Imaginemos que un italiano trabee relaciones con una japonesa durante una estancia en los EE.UU. y que después de un año tengan que separarse porque la muchacha tiene que volver al Japón. Supongamos que ella sea una entusiasta de las tradiciones de su tierra y que las viva con talante poético. Durante la separación se intercambian cartas, y las de la muchacha tienen un lenguaje lleno de referencias y de imágenes que suenan extrañas a la mentalidad occidental. Pero el muchacho, durante el período de relaciones, cuando estaban juntos, se había adaptado a su mentalidad y había sintonizado con su mundo espiritual, afectivo, mental e imaginativo. Supongamos que una de estas cartas cae por casualidad en manos de la madre italiana. Ella queda totalmente desconcertada por ese lenguaje y le entra preocupación por su hijo, porque esas palabras le suenan como algo propio de una mente un tanto desequilibrada. El hijo, con paciencia, trata de explicarle a su madre que lo que a ella le parece tan desconcertante es el fruto de una lógica distinta, de una estructura imaginaria distinta de aquella a la que los occidentales estamos acostumbrados. Pero su madre no acaba de entenderle. Preguntémosnos: ¿cuál es más objetiva, la lectura del hijo o la de la madre? Desde el punto de vista del impacto materialmente literal parecería más objetiva la lectura de la madre; en cambio, desde el punto de vista de la comprensión de los contenidos expresados en esas cartas, es evidente que es mucho más objetiva la del hijo, mas aún, es la única objetiva. Porque la palabra expresa un espíritu, expresa un tipo de conciencia, y por eso el muchacho, que se había familiarizado con el espíritu y el temperamento de su amiga, es quien está en condiciones de comprender de verdad sus modos de expresión.

Entonces ¿cómo se llega a poseer la experiencia que dictan unas palabras? Para llegar a ello hace falta un encuentro, *algo presente*, hace falta conocer esa experiencia hoy.

Sólo cuando se participa en la experiencia que ha dictado unos documentos o una determinada expresión literaria pueden éstos ser comprendidos con la penetración capaz de desvelar su sentido objetivo, y se nos posibilita percibir la unidad que subyace a todos ellos y que se expresa coherentemente en todo. Este es el gran alivio que produce la lectura católica de la Biblia y de los documentos de los primeros tiempos del cristianismo: con ella se evita la confusión indescriptible de interpretaciones que conllevan otras actitudes, los «si» y los «pero» que condicionan cualquier otro intento de lectura desaparecen, pero, sobre todo, emerge de esa lectura una interpretación total, en la que nada se descuida, con una perspectiva abarcadora y exhaustiva. Lo menos que se puede afirmar es que, metidos en el contexto de todas las hipótesis posibles, no se puede eludir el carácter razonable de la interpretación católica, que resalta sobre todo, la integridad y la sencillez de su lectura de lo sucedido.

La objetividad del conocimiento histórico, que es el valor que se quería afirmar en la actitud racionalista, se salva precisamente si yo participo hoy en la experiencia que dicto esos documentos históricos. Y hay sólo una hipótesis para ello: que esa experiencia siga presente, que tenga lugar actualmente. Esto es la Iglesia, la unidad de los creyentes en ella.

Esta observación es válida en todo caso, para cualquier documento. Hace falta tener humanidad para captar la experiencia humana que se ha traducido en la *Iliada* y la *Odisea*; se necesita humanidad para captar lo humano que se nos trasmite en la *Divina Comedia*; tiene que haber humanidad en mí para que yo entienda la humanidad que se expresa en los *Cantos* de Leopardi. Quien está seco, quien no tiene su humanidad educada, no entiende. Para poder acceder a cualquier hecho literario o histórico e indagar acerca de él el problema es activar la raíz humana que hay en nosotros, que se desarrolla y afirma en la experiencia presente, y que es sustancialmente la misma que dio origen a esos determinados acontecimientos y páginas.

Ahora bien, si lo sucedido es algo divino, si las páginas que consideramos quieren describirnos precisamente una realidad divina, la observación de método sigue valiendo, y entonces, evidentemente, la única hipótesis para investigar de manera verdaderamente adecuada será el poder participar hoy en la presencia de ese mismo hecho divino.

b) Examinemos ahora el valor que acentúa la actitud protestante. El valor que se subraya en ella es que lo absoluto, independientemente de las desviaciones humanas, puede mostrarse directamente a sus criaturas: es la experiencia mística.

Ahora bien, el impulso de admiración y de contemplación que el hombre experimenta respecto de la mujer que ama, ¿es más potente cuando se la imagina o cuando la tiene ante sí? ¡Es mil veces más potente el sentido místico de contemplación, llamémosle así, en presencia del objeto del amor, que cuando depende del sentimiento en la lejanía, por intenso que éste sea! ¡Ésta es la razón de que haya habido tantos místicos católicos, y justamente los más grandes! Es mucho más fuerte el amor cuando su objeto está determinado por su presencia que cuando está determinado imaginativamente por la proyección de un sentimiento necesariamente más vago. Precisamente la relación entre el creyente y la unidad de los cristianos en torno a la autoridad no oscurece, sino que asegura, precisa y exalta el nexo profético y místico entre la persona y el Espíritu de Cristo que el protestantismo destaca.

Si lo divino puede encontrarse existencialmente, en una particular experiencia integralmente humana, la convivencia con ese encuentro reforzará necesariamente la evidencia resolutive y la convicción racional. La evidencia es el modo fundamental de conocer que tiene el hombre y la convicción se desarrolla con la familiaridad de la mirada. Dios ha valorado nuestro dinamismo natural. Lo divino se comunica en el cristianismo dentro de una experiencia personal, y la actitud protestante siente genialmente la novedad del cristianismo como inspiración. Pero lo que difícilmente puede brotar de esa actitud es esa familiaridad más íntima, más concreta y respetuosa —como la de los hijos con su madre—, y al mismo tiempo esa racionalidad bien fundada que derivan, ambas, de una pertenencia experimentada y vivida. La idea judía de «cuerpo» aclara este concepto. En las lenguas semíticas, cuerpo tiene un significado más extenso e indica también lo que produce el hombre, el conjunto de expresiones sensibles de mi yo. El hijo es cuerpo del padre y de la madre, y la obra de un artista forma cuerpo con él y con su personalidad. Análogamente Cristo, como ya hemos indicado, envuelve tan profundamente al hombre que éste se hace parte de Él, forma cuerpo con Él. Y de ello nace una experiencia a la que la imagen del cuerpo, aún entendida en la amplia acepción citada, alude sólo pálidamente, y de la que ofrecen atisbo las experiencias humanas más intensas, como la artística o la afectiva. En estas experiencias se pueden reconocer presentimientos de esa experiencia de unidad concreta, o más que concreta, que hay entre Cristo y los «suyos», unidad que rebasa los límites de nuestra naturaleza aunque esté inscrita en ella. Insistiendo en la analogía, en la experiencia amorosa, por ejemplo, cuando es clara y potente, la unidad que se vive incluye el presentimiento profético de una unidad no imaginable por ahora. Es la aventura, oscura pero espléndida, como en el arte, hacia una realidad más grande, que nos supera.

Quisiera concluir advirtiendo que las observaciones hechas acerca de las tres distintas actitudes que hemos descrito, constituyen, desde el punto de vista espiritual y desde el punto de vista intelectual, claves decisivas para abordar el problema cristiano. En realidad, la confusa y dubitativa postura práctica que se adopta tan a menudo ante este problema depende del hecho de que se nos imparte un tipo de educación que no se basa claramente en la tercera actitud, sino en una heterogeneidad y confusión de referencias.